

**XIV JORNADAS NACIONALES DE DEBATE INTERDISCIPLINARIO EN SALUD Y
POBLACIÓN: “Salud, derechos y desigualdades: desafíos urgentes”**

Mesa 15: Violencias y salud: enfoques y debates transdisciplinarios

“Nociones en torno a la violencia en varones que cometieron homicidio en el Área Metropolitana de Buenos Aires”

Milena Balardini (FSOC-UBA). mile.balardini@gmail.com

Iara Lucas (FSOC-UBA). iaram.lucas@gmail.com

Martín Hernán Di Marco (CONICET/IIGG). mh.dimarco@gmail.com

RESUMEN

El objetivo de esta ponencia es analizar las nociones en torno a la violencia que presentan en sus narrativas biográficas varones que cometieron homicidio entre 2010 y 2019 en Argentina. Para ello, en primer lugar presentamos una breve discusión teórica sobre las definiciones de violencias desde las ciencias sociales. A continuación, analizamos mediante una codificación temática un corpus conformado por diez entrevistas narrativas abiertas a cinco varones de entre 18 y 26 años de edad, del Área Metropolitana de Buenos Aires, en el marco de un proyecto con perspectiva biográfico-hermenéutica. Las entrevistas se realizaron en contextos de encierro del Servicio Penitenciario Bonaerense y Federal. Esta ponencia es un producto inicial de las actividades previas al comienzo de un Proyecto de Reconocimiento Institucional, que nos permitió identificar algunos aspectos emergentes sobre la violencia, a ser profundizados en otras instancias.

Palabras clave: Violencia; Nociones; Homicidio

1. INTRODUCCIÓN

La violencia y la violencia letal (Zaffaroni, 2015) son temas presentes en la agenda de las ciencias sociales (así como otros campos disciplinares) así como problemas construidos en

la esfera pública de Argentina y la región. En particular, la violencia física y el homicidio han sido objeto de estudio de diversas ciencias sociales, entre ellas la sociología, la antropología y la criminología. A pesar de ello, conocer la perspectiva de quienes ejercieron violencia es un tema relativamente poco estudiado, tanto en la región (Schuhe y Di Marco, 2020), como a nivel internacional (Dobash y Dobash, 2020).

La ausencia de investigaciones que indaguen en la perspectiva de los sujetos que cometieron actos de violencia se debe a varias razones: las dificultades en el acceso a la población, la reticencia de los propios investigadores a indagar acerca de esta dimensión, la preferencia por el énfasis puesto en las víctimas, y los prejuicios sobre la relevancia de considerar los discursos de los ejecutores de la violencia, entre otras.

Además, y en relación a lo último, abordar la violencia desde la propia perspectiva de quienes la ejercen implica retomar una discusión sobre la lógica en la construcción de los datos que implica, básica y tipificadamente, explicitar una perspectiva inductiva o deductiva en la delimitación del problema.

En este marco, el objetivo de esta ponencia es analizar las nociones en torno a la violencia que presentan en sus narrativas biográficas varones que cometieron homicidio entre 2010 y 2019 en Buenos Aires, Argentina. Destacamos nuestro interés en indagar en las perspectivas “nativas” o emic.

En la siguiente sección mencionamos estudios previos sobre la temática, así como los pilares teóricos fundamentales sobre los que se sostienen nuestras preguntas de investigación. Posteriormente, describimos la estrategia metodológica utilizada, detallando la perspectiva narrativa en la producción de los datos. Luego se describen y analizan las nociones en torno al uso de la violencia a partir del agrupamiento en temas. Por último, presentamos algunas reflexiones finales y aspectos susceptibles de profundizar en instancias futuras.

2. ANTECEDENTES Y PILARES TEÓRICOS

El vínculo entre biografía, ejercicio de la violencia y sentido tiene diversos antecedentes -nacionales e internacionales- que han mostrado cómo los relatos de vida pueden ser interpretados como productos de los condicionamientos sociales. Desde esta línea, en su análisis sobre trayectorias masculinas de violencia en las pandillas de Medellín (Colombia), Adam Baird (2018) menciona cómo, a partir de los años 80 y 90, las violencias sociales y

criminales de la región se convierten en una experiencia cotidiana en barrios marginales latinoamericanos; en ese marco, advierte, tanto los miembros que conforman las pandillas como sus jóvenes aspirantes ponen en práctica, en momentos “estratégicos”, determinadas violencias.

En el ámbito nacional, a partir de una investigación etnográfica, José Garriga Zucal (2006) analiza uno de los mecanismos de legitimación que construyen “hinchas” de un club de fútbol para hacer aceptables y válidas sus acciones violentas, que darían honor y prestigio a sus practicantes. Seis años después, a partir de datos de distintos trabajos de campo, el autor reconstruye las formas en que las prácticas y representaciones de la violencia se nutren de positividad en los sectores populares, al contrario de la negatividad atribuida por el resto de la sociedad. Para aquellos, saber “aplicar mafia” y “tener aguante” son particularidades distintivas (positivas) que estructuran el estilo (y otorgan respeto dentro del barrio). En síntesis, Garriga Zucal señala que la violencia es susceptible de ser utilizada como recurso, de acuerdo a las lecturas de las interacciones entre las personas. A su vez, afirma que definir la violencia es un juego de poder, donde hay actores y testigos que disputan sentidos y significados.

Eugenia Cozzi (2014), más recientemente, muestra cómo el ejercicio de la violencia en contextos de alta incidencia de homicidio está regulada por reglas o códigos grupales. Las lógicas que se producen y manejan a nivel local -en torno a las “broncas”, “juntas”, rivalidades y formas de respeto- permiten comprender la dimensión grupal y simbólica en la gestión de la violencia.

El ejercicio de la violencia puede estar vinculado asimismo con una función pedagógica, es decir, asociada con el enseñar y, de esta forma, reproducir lógicas organizaciones y de estructuración de las relaciones sociales. Por un lado, como ha mostrado Castilla (2017) en torno a la crianza de niños y niñas en sectores populares, la violencia física y verbal (“chirlos”, amenazas, etc.) es parte del entramado de estrategias desplegadas por madres y padres en la crianza y protección de sus hijos. Por otro lado, Sirimarco (2005) ha señalado que la pedagogía del sufrimiento que se ejerce dentro de las instituciones de la policía, a través de prácticas y actividades rutinizadas, se vincula con la construcciones de los mismos sujetos sociales. En este sentido, la función pedagógica se relaciona con dos niveles, en tanto sentido e intención de los actores y en tanto efecto de subjetivación general.

Las mencionadas investigaciones permiten retomar algunos puntos teóricos centrales

en torno a la estudio de las violencias. Por un lado, existe una pluralidad de perspectivas con las que se construye, significa y resignifica qué es la violencia. Desde este enfoque, Riches (1988) parte de la consideración de tres roles sociales (ejecutor, víctima y testigos) identificados en el triángulo básico de la violencia, donde advierte una tensión fundamental sobre el acto de daño físico: mientras que el ejecutor lo considera aceptable o legítimo, la víctima y testigos lo identifican por su ilegitimidad (subyaciendo en ellos/as cierta noción de orden social, donde la violencia implica desorden). En base a concebir a dichos roles sociales como relaciones políticas que implican poder y asimetría, el autor ratifica la importancia de considerar significados y estrategias de la violencia. Por último, Riches se orienta a comprender este fenómeno a partir de la perspectiva del ejecutor, enfoque que se retoma en la presente ponencia.

Por otro lado, las discusiones en torno al uso y estudio de la violencia y sus significados lleva a pensar los procesos político-semánticos que atraviesan este términos. Rifiotis y Castelnuovo (2011) señalan que “violencia” es un término de uso muy difundido y en constante expansión, que puede tomarse como significante vacío, capaz de condensar múltiples significados y situaciones. Por ese motivo, es preferible hablar no de “violencia” sino de violencias, plurales y heterogéneas. Esto ha llevado también a plantear que la violencia sufre de un proceso de inflación conceptual (Garriga Zucal y Noel, 2010).

Desde otra perspectiva, Young (2003) postula que la violencia no es simplemente un instrumento para conseguir algo, sino que tiene un aspecto transgresor, impulsado por la humillación de la underclass a partir del *proceso de bulimia social* en la modernidad tardía, caracterizada por la hegemonía de la globalización económica y cultural. En tal contexto, el autor postula que la violencia asociada a la criminalidad "común" se ejerce por actores con rasgos específicos (hombres, jóvenes, clase baja), teniendo lugar un proceso de deshumanización y esencialización del otro, facilitando la violencia.

En base a lo anterior, en esta ponencia nos preguntamos sobre cómo los varones de sectores populares ven, entienden y narran el ejercicio de violencia física. A partir de este interrogante, nuestro objetivo es analizar las nociones en torno a la violencia que presentan en sus narrativas biográficas varones jóvenes que cometieron homicidio entre 2010 y 2019 en Argentina; específicamente, en el Área Metropolitana de Buenos Aires.

Creemos conveniente destacar un primer escollo analítico en torno a este tema: la

distinción entre las perspectivas emic y etic sobre qué es violencia. En esta ponencia abordamos los sentidos que los entrevistados otorgan a la violencia. Esta indagación conlleva dos aspectos teórico-metodológicos sobre los cuales es necesario señalar. Por un lado, las construcciones discursivas que los entrevistados elaboran en las entrevistas no pueden desunirse de los contextos en los cuales las realizan (contextos institucionales y marcos narrativos) (Meccia, 2019). Por otro lado, qué es violencia y cómo se lo define en el marco de una entrevista implica una tensión inevitable en el ida y vuelta entre entrevistador/a-entrevistado, en el que la presentación del yo se torna un eje central en la producción del dato. Si bien ambos aspectos son nodales para comprender cómo es significada la violencia, esto excede el objetivo y extensión de esta ponencia.

3. METODOLOGÍA

Esta ponencia se enmarca dentro de un proyecto más amplio con un enfoque socio-narrativo (Meccia, 2019), en el que se analizan los relatos de vida de cinco varones cis-género (19 a 26 años), de sectores marginalizados del Área Metropolitana de Buenos Aires, que cometieron homicidio doloso de otro varón y actualmente se encuentran en contexto de encierro.

Respecto de las entrevistas narrativas, éstas se caracterizan por no seguir un orden previamente estipulado en el diseño de la investigación, sino por estructurarse a partir del flujo de diálogo con los entrevistados. Se partió de una pregunta general a los entrevistados (“¿Podrías comentarme qué momentos fueron importantes en tu vida?”) y se siguió el relato de los entrevistados.

Siguiendo a Alheit (2012), los discursos o relatos de los actores son construcciones activas que realizan para dar sentido a las experiencias y procesos biográficos. Los relatos permiten comprender cómo los actores se posicionan en el mundo, se relacionan con sus grupos de pertenencia y con los procesos y eventos sociales. En éstos pueden existir ficciones así como no ser un reflejo de la realidad, pero es la manera que tenemos de dar sentido a lo que vivimos y a partir de los cuales ordenamos nuestras experiencias, realizando selecciones en los hechos a narrar y conjugando allí nuestro punto de vista (Meccia, 2016). Lo que aquí nos interesa es lo que los entrevistados eligen relatar -y la manera en que lo hacen-, y no así si esto resulta ser verdadero o no.

Respecto de las entrevistas, fueron grabadas y luego desgrabadas y volcadas en el programa Atlas.TI, en donde se conformó una unidad hermenéutica. Realizamos una codificación abierta y un análisis temático de los datos (Clarke y Braun, 2015): partimos de una lectura general de todo el material; identificamos los temas que se abordaban en los relatos; establecimos un listado de códigos general y validamos la consistencia y “fundamentación” de los temas a partir de codificadores independientes. Para esta ponencia, abordamos especificamos los códigos que se vinculan con las nociones y ejercicio de violencia física.

Cabe señalar que el proyecto fue presentado y aprobado por el Comité de Bioética del Hospital A. Posadas. Previo a la realización de las entrevistas se les explicitó los objetivos del proyecto a los entrevistados y se leyó el consentimiento informado. Sólo se realizaron entrevistas si los/as investigadores/as y los entrevistados consideraran que el espacio de realización era cómodo y seguro para poder hablar en confianza.

4. SOBRE VIOLENCIAS, USOS Y BIOGRAFÍAS

En la siguiente sección describimos las nociones vinculadas con el ejercicio de la violencia física que se identificaron a partir de las narrativas biográficas. Estas nociones son interpretadas a partir de las experiencias narradas, que no siempre coinciden con los homicidios. En particular, dadas las diferentes retóricas y narrativas institucionales que configuran los relatos sobre el homicidio (Rosenthal, 2004), creemos conveniente enfocarnos en la descripción de otras situaciones de violencia, que son menos intervenidas por los discursos expertos en las instituciones.

La violencia está presente en los relatos de diferentes formas y asociada con diferentes sentidos. En las entrevistas, pegar, “armar una bronca”, “fajarse”, “agarrarse a la piñas”, “armar lío” y “aplicar mafia”, entre otras expresiones, no están vinculadas con una sola forma de comprender la situación e interacción en la que se desenvuelven. A continuación, mostramos los principales ejes en torno a los cuales la violencia es narrada en las entrevistas: lúdico, reglas del juego, pedagógico y como recurso para presentar el yo.

a. La violencia como práctica lúdica

En primer lugar, las nociones lúdicas de la violencia se relacionan con significar diferentes formas de agresión (piñas, “malteadas”, “jodas”, “broncas”, etc.) con situaciones,

escenas y eventos en donde prima lo divertido, entretenido y atractivo.

Ramos nació y se crió en las afueras de una localidad del Gran Buenos Aires. Al momento de las entrevistas, él tenía 20 años y estaba detenido hace 2. Hasta sus 10 años de edad se crió con su madre y sus hermanos; a partir de allí, su madre se fue de la casa y su hermana mayor quedó a cargo de las tareas domésticas. Este momento fue, para él, un momento definitorio en su vida. Pocos meses después, decidió irse de la casa y, desde entonces hasta su detención, vivió en diferentes lugares (casas tomadas, espacios públicos, viviendas de conocidos).

Durante estos años “en la calle”, como lo llama él, Ramos describe peleas y conflictos, tanto con amigos y conocidos, como con otras personas.

“Corte, muchas veces nos agarrábamos a las piñas, porque estábamos dados vueltas. Yo estaba re loco, corte, a veces ni los reconocía. Pero no siempre. A veces era, porque sí, porque estábamos aburridos y nada, no era pelea, era solo joda. Corte, yo te pego acá [señala el brazo], vos me la devolvés y así va, se mete otro. Pero todo bien” (Ramos, 20 años, quinta entrevista).

El homicidio que llevó a Ramos a ser detenido se dio en un contexto “entre amigos”. En una situación similar a la que describió sobre “peleas en joda”, Ramos relata al respecto que el homicidio no fue ocasionado por un conflicto puntual, una enemistad y disputa barrial o una intencionalidad definida. En su relato, el entrevistado destaca el uso de estupefacientes y la presencia de armas blancas, y sus efectos en la interacción con otro grupo de jóvenes.

Terminé detenido por homicidio... Fue una pelea, ¿viste? Ahí, no sé, si de barrio. Sería más de banda, fuera del boliche que se pelea la gente. Y resulta que nada estábamos en la plaza [...], y pasaron unos pares, bardearon, ni cabida nosotros, nosotros andábamos re enfacados, ni sabíamos quiénes eran. Pasaron, bardearon, tiraron piedras. Dejá, dejalos que pasen de largo, ¿qué te vas a poner a discutir? Estaban re mamados, salían del boliche. Pum, se fueron, volvieron. Pum, pum, pum. Porque nosotros éramos pibitos. Ah, así la concha de tu madre. [RÍE]. Y de allá: bueno, dale, dale. Y nosotros éramos una banda, ¿viste? No sé de dónde salieron todos los pibes que estaban de mi lado, ¿viste? Los empezamos a correr, corriendo por la terminal. Se escondieron en la rivera. Bueno, ya andábamos nosotros re empastados, imaginate (...). Y cuando vuelven vienen con palos, piedras, corte, todo. Estaba yo, el pibe que bueno falleció y el otro, que se llama Agustín. Y bueno me quiero acordar fum, estaba rodeado. Y allá el Matías. Corte, ¿viste? Te vine a buscar. No sé qué decía, estaba re loco. Y allá: no, eh, a este lo conozco. A este lo conozco. Conozco al hermano, conozco a todos. Yo no le voy a pegar. Y allá cómo que fum hicieron... corte que no me querían pegar. ¿A sí, Matías? Me quisiste caranchear. Le sacó un palo a uno y entró a correr y se fue a la mierda. Y yo me quedé con todos los pibes ahí, corte, la mejor.[...]. Desde ese momento para mí que era el miedo. Y el miedo no me dejaba correr. Y allá me agarró la policía y caí detenido. (Ramos, 20 años, quinta entrevista).

Para Ramos, el incidente que resultó en un homicidio fue “desencadenado” por una discusión con otros jóvenes, aparentemente sin motivo o “bronca” preexistente; y que, en el marco de un consumo de drogas (como el “maldito Poxiran”) que “te borran el cerebro” y de la presencia de armas blancas y objetos contundentes, pareciera relativamente fácil que tales interacciones terminen como situaciones cargadas de violencia física en donde predominaría más la reacción o impulso que la racionalidad o el cálculo; ello, a pesar de que inicialmente el propio Ramos -según señaló- intentó intervenir para frenar la pelea, y luego escapar y defenderse. Cabe señalar, a este respecto, que tales hechos se presentan actualmente al entrevistado como tema de reflexión.

Si bien el relato del homicidio de Ramos se ve atravesado por la relación con los pares (“la junta”) y la situación puntual de consumo de drogas, su relato general apunta de minimizar la excepcionalidad y negatividad del uso de la fuerza: pelearse es una actividad más que no tiene por qué vincularse con disputas territoriales o defensa del yo y de la masculinidad -aspectos que han remarcado los estudios sobre violencia y masculinidad (Flood, 2019). En ese sentido, es ilustrativo el siguiente fragmento del entrevistado (que se vincula asimismo con la violencia para expresar emociones y sentimientos, como se verá más adelante):

Me quedé un poco con lo que decías de las peleas, que son para descargarse.

Claro, para descargarse, pero bueno, era lo que encontrábamos en el momento. Si hubiésemos encontrado un cuaderno para escribir un par de palabras sería otra cosa. Pero bueno, encontramos esa manera y era la única manera que encontramos. Y de otra forma podíamos, pero no sabíamos. Y no había nadie para decirnos “mirá...” (Ramos, 20 años, segunda entrevista).

Juampi tiene 19 años de edad y se encuentra cumpliendo una condena por homicidio. Su niñez estuvo signada por la violencia familiar, y en su adolescencia “se inició” en el mundo de las drogas, el alcohol, las “bailantas” y las peleas entre pares, marco signado -en sus palabras- por “el descontrol”. En línea similar a lo anterior, este entrevistado relata una pelea cuyo resultado final -aunque no inmediato- es el homicidio por el cual está condenado. Allí, nuevamente se advierte un consumo de drogas con el grupo de pares, quienes en su interacción con otros jóvenes ejercen violencia física; en este caso, letal, a partir del uso de un elemento contundente:

Eso que se yo, me había agarrado un ataque de locura ya. Nah. Agarré, estaba con unos amigos

míos y bueno, estábamos todos drogados y no sé qué pasó, después discutimos nos peleamos, todo, y bueno me agarraron a piñas entre todos, entre dos. Y bueno, esperé yo una semana más o menos, y había ido al parque yo, a un parque que había allá y a la madrugada por ahí me los crucé pero ellos no se dieron cuenta que yo estaba ahí. Y agarré fui hasta el baúl de un auto, que había ahí viste (...). Fui despacito, por ejemplo el auto estaba acá y ellos estaban 50 mts adelante, y agarré fui despacito, me metí adentro de un auto y justito encontré un corta candado y bueno, agarré y de distraídos les pegué a los dos con el corta candado y a uno lo maté y el otro quedó vivo pero me quedó como intento de homicidio. Así que tengo homicidio e intento de homicidio. Y así. (Juampi, 19 años, primera entrevista).

La noción de la violencia como algo lúdico, vinculado a lo atractivo o entretenido, también se vincularía a la violencia como recurso para expresar emociones y sentimientos, tales como la bronca o el deseo de venganza. Lo anterior también puede verse en el caso de Sagi. Este joven tiene 23 años de edad; en su niñez, el propio entrevistado no identificó graves problemas, pero sí comenzó a experimentar una sensación de abandono por parte de su familia a medida que crecía. Trabajó durante su adolescencia para contribuir a su hogar; cambió de escuela reiteradas veces, y atravesó al menos tres contextos de encierro a raíz de su condena por homicidio. Actualmente estudia un oficio.

Sagi relata cómo fue iniciándose en el mundo del robo con armas de fuego. Allí, resalta la influencia de su grupo de pares -jóvenes de más edad que él-, que le “estaban dando una oportunidad para que robe con los pibes más grandes”, lo cual lo hacía sentir al entrevistado “muy contento”. Luego, señala:

Para mí era como genial empezar y estar con ellos. Porque me divertía, pero además era como que me sentía grande, era uno más de ellos. Aunque me usaran para robar, porque era menor, no me importaba. Yo la pasaba bien y estaba enfierrado y me divertía así (Sagi, 23 años, sexta entrevista).

El interés de Sagi en participar de las actividades con “los pibes” no responde a un solo tema. Por un lado, la diversión (el “pasar el rato”) se entrelaza con presentarse y ser de cierta forma (respetado) y, a su vez, con un reconocimiento de crecimiento o de adultez por los pares.

b. La violencia como reglas del juego

La violencia física también es narrada y descrita como parte del repertorio de acciones esperado y necesario dentro de los contextos diarios de socialización. “Las reglas del juego”, “la ley de la selva”, “la forma de manejarse”, entre otras expresiones son utilizadas por los

entrevistados para señalar que la violencia no sólo cae dentro de la órbita de acciones individuales, sino como acciones esperadas y necesarias en sus contextos inmediatos. En ese sentido, podemos comprender el relato de Sagi, quien -como se mencionó más arriba- relata en distintas instancias cómo fue su “inserción” en el mundo de los robos, mundo que conoció a partir de su grupo de pares. Estos otros jóvenes ya tenían asimismo experiencia y manejo de armas de fuego, “conocimiento” que transmitieron al entrevistado como parte de ciertas reglas del juego delictivo. En sus palabras,

Me decías que cuando robabas tenés revólver, un arma. ¿Cómo empezó eso? Me dijiste que te juntabas con chicos más grandes. ¿Me podés comentar más en detalle eso?

Nada. Empecé drogándome. Como... salía a bailar con los pibes. Y después bueno ellos mismos me fueron invitando a querer robar y yo también incentivaba yo a robar. Porque yo quería hacerlo también. No sé. Quería tener todo, como te decía. Quería tener mis cosas. No quería pedirle nada a nadie. Quería sacar a mi familia de la villa. Es el sueño de ahí, de ahí adentro. Que tu familia se vaya de ahí, que puedan tener una vida mejor.

¿Y cómo empezaste a manejar armas?

Y nada me las daban ellos y las fui probando yo y empecé probando yo. Empezás a usarlas como si fuese un juguete. Ya era habitual. Las fui probando yo.

Algunos pibes me comentaban cómo fue el proceso de aprender a usarlas. A algunos les enseñaban los padres, los amigos, que fue un proceso. ¿Me podés comentar cómo fue?

Nada, yo veía como... como paraba con ellos yo veía cómo las usaban. Las remontaban, le sacaban el seguro y se lo ponían y eso. Y luego me dieron las armas y yo las usaba así. Sabía que el gatillo era para gatillar, que la parte de atrás era para remontar y todo eso. Más o menos yo sabía.

Eh. ¿Habías tenido contacto con armas desde antes de juntarte con estos pibes?

No (Sagi, 23 años, primera entrevista).

En línea con lo anterior, la movilización de la violencia física y el aprendizaje del manejo de un arma de fuego también se advierte en las palabras de Ramos, de la siguiente manera:

Empecé a juntarme con chicos de mi edad y eran re tranquilos. Si yo me acuerdo, imagínate que cuando yo recién empezaba veía cosas y decía, qué hago acá. Parábamos todos “pinta grande” y yo tenía 11, 13 años y no me echaban por miedo. Imagínate, ya andaba con chicos de casi de mi edad y andaban todos re enfierrados. O sea, los “pinta grande” no me decían nada, porque yo andaba con ellos y tenían miedo que les pegue un tiro ahí nomás. Y nada, yo veía esas cosas y como que decía: guau, estoy acá y qué sé yo, en la vereda de mi casa y se metían todos para dentro y estaban en la esquina y no me echaban. Un suponer no, estaba en la calle y no me echaban, por miedo. Me gustaron esas cosas, andar con armas.

¿Cómo te hacía sentir andar así?

Como que bueno, vos tenés, qué sé yo, poder.

Poder.

Vos mostrás un arma en una esquina y te dan todo. Y si no la tengo yo la tiene el otro que la tiene atrás. Y si no la tenés nadie, le decía cuidado que te doy un culatazo y así. La primera vez que fui fue de noche y yo no lo quería negociar, yo lo tenía siempre, pero nadie sabía cuándo yo lo tenía. Porque ponele estábamos así y por ahí acá encima no lo tenía. Pero a ver, si iba y me gustaba y caía y lo tenía ahí. O sino corte estábamos así y nada, nadie sabía cuándo yo lo tenía porque yo no mostraba viste. Yo si lo sacaba era porque estaba todo mal. Si no lo tenía ahí. Porque yo aprendí a ser bien bicho, viste. Que como que te decían ahí y yo me quedaba mudo. Porque había uno que siempre caminaba por la calle y te apuntaba con la mano o iba a comprar y te esperaba con la pistola en la mano, era un bardo viste. Y todos decían que mostraba el fierro como mostraba el culo. Porque venía y perseguía el otro. El fierro se saca y si se saca se arranca y se tira.

¿Cómo es la frase esa?

No, no, eso lo digo yo.

¿Pero cómo es?

Que si vos lo sacás tenés que arrancar y tirar. Nada se saca y si se saca es por algo. Vos no lo podés sacar así, porque si lo mostrás mira tengo una pistola. No es así, si la tenés y querés robarlo y si la sacas sácalo y tira, no para mostrarla y dejarla a la vista de todos. Y yo escuchaba esas cosas viste y yo tenía, entonces yo no la sacaba no la mostraba nada, era mía. Si yo la sacaba era afuera (Ramos, 20 años, segunda entrevista).

En este relato se observa cierto uso estratégico del arma de fuego, con fines intimidatorios, para cometer robos; es parte de las “reglas del juego”, del saber manejarse en el entorno. Cabe advertir la importancia del grupo de pares para buena parte de la “inserción” del entrevistado en el mundo delictivo, de manera similar a Sagi: con aquellos jóvenes “pinta grande”, Ramos se sintió atraído por los robos, adquirió ilegalmente un arma para llevarlos a cabo, y junto a ellos se peleó con otros varones de sectores populares en diversas circunstancias (de las cuales una se enmarca como intento de homicidio, y la otra culminó efectivamente en un asesinato).

Las reglas del juego, en tanto sentido mentado por los actores, no condensan el repertorio de normas que se reproducen en los grupos de pares, sino los relatos a los cuales los entrevistados adscriben. Ramos y Sagi, entre otros, ven y legitiman estas prácticas como válidas, asequibles y deseables para sus propias trayectorias. La violencia, en este mundo de

vida, se torna un recurso válido y necesario eslabón en las prácticas vinculares.

c. La violencia como recurso pedagógico

La dimensión pedagógica de la violencia es un aspecto central para comprender el uso de la fuerza en diversas relaciones sociales. Entendemos que esta “pedagogía” se refiere a una intencionalidad por mostrar, enseñar o imponer un principio de visión del mundo y así se torna una parte relevante en los vínculos que se entretejen en la vida cotidiana.

Pero la cosa no es que uno lo hace porque quiere. O no es tan simple, ¿viste? Yo no me agarro a piñas con cualquiera, pero hay veces en que uno tiene que plantarse y... enseñar, ¿viste? Porque así la gente aprende (...). A mi hermano, por decirte algo, lo re estafaban, buah, es que es un boludo. Y estaba comprando faso re malo, un prensado que te perforaba la garganta. Acá, ¿viste? Y una vez me cansé de que se quejara y que andaba llorando por eso y lo molí a palos. Aprendió. Porque así entiende que si hace algo mal y se queja una vez, ok, aprende. Si lo repite es un boludo, ¿entendés? [Ríe] (Walter, 24 años, tercera entrevista).

En este caso Walter, usa la violencia física para darle una “enseñanza” a su hermano, esto es a lo que referimos con función pedagógica. Él dice “lo molí a palos y aprendió”, porque así entiende que, si hace algo mal y se queja, aprende. El ejercicio de violencia física, de esta forma, se vincula en algunos casos con prácticas de cuidado que, siguiendo a Castilla, “son acciones preventivas de riesgos y están asociadas al buen cuidado de los hijos ya que evitan riesgos” (2017: 42). La violencia, en este caso, no tiene que ver con un castigo ni con una situación traumática -su risa al final del fragmento da cuenta de esto-, sino con una forma de cuidado hacia su familiar.

Además es necesario poner de relieve que esta forma de entender la violencia física, como señalan Garriga Zucal (2014) y Castilla (2017), se trata de un conjunto de acciones rutinizadas, cotidianas y habituales que son ilegítimas en los discursos sociales e institucionales y que también tienen sentido y cobran legitimidad en el marco de las acciones, en el caso particular de esta investigación, respecto de las acciones de cuidado. En ese marco, puede comprenderse el relato de Sagi en relación a los “pibitos” de las villas: estos niños “tremendos” de 10-12 años, señala el entrevistado, se pelean con otros de manera muy frecuente, donde “era cotidiano que se cruzaran entre las villas y fija que se cagaban a piedrazos (...) y botellazos”. En tal contexto, “la gente grande” no interviene para intentar frenar las peleas. De hecho, Sagi advierte la posibilidad de que estos “pibitos” imiten actitudes de varones más grandes, o incluso que aprendan de ellos. Su propia historia de vida ilustra lo segundo, por ejemplo respecto al aprendizaje del uso de armas de fuego, marco en el cual el entrevistado se

sentía “orgullosa” de estar a la par de “los más grandes” en los robos. Sobre este punto, Sagi remarca la importancia del apoyo de la familia para evitar que los niños y adolescentes de barrios populares transiten por estas experiencias.

d. La violencia y la presentación del yo

La violencia, asimismo, es susceptible de movilizarse como un recurso para la presentación del yo; es decir, como un mecanismo de presentar del ego/yo, de construirse, de mostrarse y lucirse ante otras personas. Desde una perspectiva relacionista (Goffman, 1959), la presentación del yo implica la forma en la que los actores se presentan, muestran su acción/práctica y actúan en los escenarios que habitan.

La relación entre violencia y presentación del yo no es un sentido específico que se codificó en las entrevistas, sino una práctica transversal que emergen del análisis previo. Las nociones que se abordaron en las secciones previas implican, en todos los casos, mostrar y mostrarse de una determinada forma, lo que torna la forma en la que los entrevistados relatan los hechos y la forma en la que se presentan a sí mismos como un tema central para comprender las violencias.

En el caso de Ramos, vinculado asimismo a la noción de violencia como “reglas del juego”, se destaca cómo la presencia de un arma de fuego -elemento de alta letalidad- otorga poder a él un varón. En sus palabras, nuevamente:

Imagínate, ya andaba con chicos de casi de mi edad y andaban todos re enfierrados. O sea, los “pinta grande” no me decían nada, porque yo andaba con ellos y tenían miedo que les pegue un tiro ahí nomás. Y nada, yo veía esas cosas y como que decía: guau, estoy acá y qué sé yo, en la vereda de mi casa y se metían todos para dentro y estaban en la esquina y no me echaban. Un suponer no, estaba en la calle y no me echaban, por miedo. Me gustaron esas cosas, andar con armas.

¿Cómo te hacía sentir andar así?

Como que bueno, vos tenés qué sé yo, poder. [...] Vos mostrás un arma en una esquina y te dan todo. Y si no la tengo yo la tiene el otro que la tiene atrás. Y si no la tenés nadie, le decía cuidado que te doy un culatazo y así (Ramos, 20 años, segunda entrevista).

En el caso de Sagi, por otro lado, estas cuestiones vinculadas a “las reglas del juego” en la interacción con otros jóvenes pueden advertirse a partir de su relato en una institución educativa, donde a su hermano “lo quisieron boludear” y “le faltaron el respeto”. Allí, y

afirmando que a aquel le faltaba “carácter”, el propio Sagi señaló que “*quería resolver las cosas yo solo*” (aspecto que podría vincularse a otra noción de violencia analizada, a saber: como recurso para presentación del yo). Lidar con tales conflictos se trató, aquí, de “agarrarse a las piñas” en la escuela; en otras palabras, la manera en que el entrevistado actuó para enfrentar tal situación se dio a través del uso de la violencia física. Cabe advertir aquí que pedir que interviniera una autoridad del establecimiento educativo no figuraba como una opción válida, en especial teniendo en cuenta los frecuentes cambios de escuela en la vida de este joven (que quizá se asocian a un menor sentimiento de arraigo o confianza con docentes, directivos/as y compañeros/as). Así, demostrar capacidad para actuar sin ayuda de nadie sería, por ejemplo, signo de fortaleza, de alguien a quien no se debe “joder”. Finalmente, esto podría dar cuenta de cierta ambivalencia en la relación con la institución educativa, a saber: es un lugar donde “se va a estudiar”, que sin embargo no funciona como soporte.

En una forma específica de presentación del yo, el uso de la violencia también es narrado como forma válida de expresar emociones o sentimientos. Para Ramos, por ejemplo, la violencia está ligada a la expresión de bronca vinculada, al menos en parte, a ciertas experiencias vividas que “lo marcaron”, como el abandono por parte de su madre.

Claro. Me quedé un poco con lo que decías de las peleas, que son para descargarse.

Claro, para descargarse, pero bueno, era lo que encontrábamos en el momento. Si hubiésemos encontrado un cuaderno para escribir un par de palabras sería otra cosa. Pero bueno, encontramos esa manera y era la única manera que encontramos.

¿Pero por qué la bronca?

No sé, bronca por todo. Capaz que será por este tema que te dije que tengo mucho abandono, anda a saber. Capaz que nos teníamos resentimiento o algo (Ramos, 20 años, segunda entrevista).

En estos fragmentos Ramos liga la violencia física, las peleas que tenían con sus amigos como una manera de canalizar el dolor. El “descargarse” aparece como una figura central y una práctica válida relacionada con el uso de la fuerza y la demostración de emociones. La bronca acumulada, los sufrimientos que vivieron encuentran expresión en “agarrarse a piñas y fue”. El “descargarse”, “agarrarse a las piñas”, entre otras expresiones, es presentado como una instancia que no implica un conflicto real, sino uno aparente. Dentro del grupo (“la junta”), es comprensible esta práctica y no es rotulada bajo el abanico de prácticas “realmente violentas”. “*Cuando nos agarrábamos así, nos tirábamos un par de piñas y se pasaba.*

Después quedábamos onda juntos” señala. Si bien puede parecer similar al uso de la violencia de manera “lúdica”, Ramos explicita que había casos en los que era necesario “sacarse la bronca, drogándose o peleándose”, y retoma su sentimiento de abandono para dar sentido a este uso.

5. CONCLUSIONES

En esta ponencia analizamos las nociones en torno a la violencia que se presentan en las narrativas biográficas de varones que cometieron homicidio entre 2010 y 2019 en Argentina. Pensar las formas específicas en que la violencia es comprendida y vista permite comprender en forma más detallada cómo es utilizada y gestionada en la vida cotidiana. En sí, estas nociones son producto de los vínculos entre las biografías, los contextos y las acciones que se despliegan.

Una precaución, por lo tanto, para analizar las nociones de violencias es reificar y rigidizar este concepto. Las nociones, referencias y teorías nativas que tienen los actores varían a lo largo de sus biografías, en función de las reconfiguraciones de sus mundos de vida y de los repertorios de conocimiento a mano (Rosenthal, 2004). De hecho, los jóvenes entrevistados reflexionan sobre los hechos narrados, los van resignificando a lo largo de sus años en contextos de encierro, así como durante la situación de entrevista. Asimismo, es importante pluralizar la palabra “violencia”, atendiendo a su polivalencia (Rifiotis y Castelnuevo, 2011), y recuperar qué piensan sobre ella(s) los propios ejecutores (Riches, 1988), en cuanto agentes que actúan en el marco de estructuras sociales.

Como plantea Garriga Zucal (2012), la violencia, en tanto dimensión estilística, es uno de los aspectos distintivos de los sectores populares (que, sin embargo, estaría expandiéndose a otros sectores sociales como forma de resolución de conflictos de diversa índole). En esta ponencia hemos identificado al menos cuatro nociones fundamentales de la violencia en los entrevistados, a saber: una lúdica, vinculada a lo entretenido o atractivo (Young, 2003); una que refiere a las “reglas del juego” (Cozzi, 2014; Garriga Zucal, 2006); una pedagógica, vinculada a la transmisión de determinados valores o visiones sobre el mundo (Castilla, 2017; Sirimarco, 2005); y otra como una suerte de recurso para la presentación del yo, incluyendo el cómo una persona se presenta y se luce ante otros/as y cómo expresa sus sentimientos y emociones en distintos momentos (Baird, 2018; Garriga Zucal, 2012). Estas nociones y sentidos vinculados y reconstruidos en torno a prácticas y situaciones de violencia muestran cómo estas acciones son parte fundamental en los vínculos que se construyen: la violencia da

forma a los vínculos sociales y, así, es una forma de relación social.

Considerando los motivos expuestos, el análisis precedente aporta una primera aproximación para comprender los distintos sentidos de la(s) violencia(s) otorgados por los propios actores y no permite comprender la dimensión situacional o interaccional que tiene la violencia (Collins, 2020; Katz, 2002). Por otro lado, en trabajos futuros, incluiremos la noción de violencia como restitución y profundizaremos las aquí desarrolladas; finalmente, cabe preguntarse si hallaremos estas nociones en torno a la violencia en varones que hayan cometido femicidio.

La perspectiva inductiva que seguimos en la producción de los datos y en su análisis lleva, también, a la emergencia de ciertos temas nodales que no fueron explorados aquí. Uno de ellos se relaciona con la base material en la que los actores entrevistados desarrollan y desarrollaron sus vidas. Las situaciones de vulnerabilidad social y los vínculos institucionales ameritan un estudio en sí mismo. Asimismo, el acceso y conocimiento en torno a las armas de fuego se torna un eje fundamental, dada la preeminencia de las armas en los homicidios dolosos. Otro aspecto es la juventud como dimensión de análisis.

Por último, destacamos que un aspecto teórico y empírico propio de los estudios que reparan en las narrativas. Las nociones de violencia que los entrevistados narran son atravesadas —como cualquier narración— por los discursos y saberes que interpelan a los sujetos. En este caso, las lógicas de los dispositivos institucionales funcionarían como marcos discursivos. La indagación en este aspecto escapa al objetivo de esta ponencia.

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alheit, P. (2012). La entrevista narrativa. *Plumilla Educativa*, 10(2), 11–18. <https://doi.org/10.30554/plumillaedu.10.84.2012>
- Baird, A. (2018). Becoming the “Baddest”: Masculine Trajectories of Gang Violence in Medellín. *Journal of Latin American Studies*, 50(1), 183–210. <https://doi.org/10.1017/S0022216X17000761>
- Braun, V., & Clarke, V. (2006). Using thematic analysis in psychology. *Qualitative Research in Psychology*, 3(2), 77–101. <https://doi.org/10.1191/1478088706qp063oa>

- Collins, R. (2020). Theorizing the time-dynamics of violence. *Violence. An International Journal*, 1(1), 166–184. <https://doi.org/10.1177/2633002420907768>
- Cozzi, E. (2016). De juntas, clanes y broncas: Regulaciones de la violencia altamente lesiva entre jóvenes de sectores populares en dos barrios de la ciudad de Santa Fe. *Delito y Sociedad*, 1(39), 72–102. <https://doi.org/10.14409/dys.v1i39.5568>
- Dobash, R. P., & Dobash, R. E. (2020). *Male–Male Murder*. Nueva York: Routledge.
- Flood, M. (2019). *Engaging men and boys in violence prevention*. Nueva York: Palgrave Macmillan.
- Garriga Zucal, J. (2006). “Acá es así”: Hinchadas de fútbol, violencia y territorios. *Avá. Revista de Antropología*, 9, 93–107.
- Garriga Zucal, J. (2012). “Aplicar Mafia”. La violencia como dimensión de un estilo popular. *Avatares de La Comunicación y La Cultura*, 3, 1–16.
- Goffman, E. (1959). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Estados Unidos: Random House.
- Katz, J. (2002). Start here: Social ontology and research strategy. *Theoretical Criminology*, 6(3), 255–278. <https://doi.org/10.1177/136248060200600302>
- Meccia, E. (2016). *El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia*. Buenos Aires: Ediciones UNL.
- Meccia, E. (2019). *Biografías y sociedad. Métodos y perspectivas*. Santa Fe: Ediciones UNL.
- Noel, G. (2008). Versiones de la violencia. Las representaciones nativas de la violencia y su reconstrucción analítica en las escuelas de barrios populares urbanos. *Propuesta Educativa*, 17(30), 101–108. Retrieved from <http://www.propuestaeducativa.flacso.org.ar/archivos/articulos/13.pdf>
- Riches, D. (1986). The phenomenon of violence. In D. Riches (Ed.), *Anthropology of violence* (pp. 1–27). Oxford: Blackwell.

- Rifiotis, T., & Castelnuovo, N. (2011). La “violencia” como punto de partida. In T. Rifiotis & N. Castelnuovo (Eds.), *Antropología, violencia y justicia. Repensando matrices de sociabilidad contemporánea en el campo del género y de la familia* (pp. 13–23). Buenos Aires: Antropofagia.
- Rosenthal, G. (2004). Biographical Research. In C. Seale, G. Gobo, J. F. Gubrium, & D. Silverman (Eds.), *Qualitative Research Practice* (pp. 49–65). <https://doi.org/10.4135/9781848608191.d7>
- Schuh Reif, K., & Di Marco, M. H. (2019). Biografias de homens e mulheres autores de violência: uma revisão bibliográfica sobre o uso de métodos com trajetória para o entendimento do fenômeno sociológico. *Conversas & Controversias. Revista de Graduação e Pós-Graduação Em Ciências Sociais Escola de Humanidades*, 6(2), e-34317.
- Sirimarco, M. (2005). Milongas: pedagogía del sufrimiento. Construcción del cuerpo legítimo en el contexto de la socialización policial. *Intersecciones. Revista de Estudios Interdisciplinarios*, 7(2), 53–67.
- Young, J. (2003). Merton with energy, Katz with structure: the Sociology of Vindictiveness and the Criminology of Transgression. *Theoretical Criminology*, 7(3), 389–414.
- Zaffaroni, Eugenio Raúl (2015). “Violencia letal en América Latina”. *Región*, 140-157. URL <http://www.pensamientopenal.com.ar/doctrina/41721-violencia-letal-america-latina>